

Una perspectiva pastoral sobre las comunidades *Ecclesia Dei*

Monseñor Camilo Gregorio¹

Les agradezco que me den la oportunidad de intervenir en este coloquio internacional dedicado a la liturgia tradicional, aunque me siento indigno e insuficientemente capacitado para esta tarea. Por ello, me refugiaré en aquella con quien me identifico en este momento, Santa Teresa del Niño Jesús, quien, a pesar de su evidente falta de formación teológica, fue elevada por el Santo Padre al rango de Doctora de la Iglesia Católica. No es que yo me acerque, ni siquiera de lejos, a su santidad. Sin embargo, por su intercesión, tendré la gracia de alcanzar la sabiduría de la que ella gozaba y, gracias a sus oraciones y su ayuda, podré aportar mi granito de arena —aunque solo sea mi experiencia pastoral— ante esta asamblea llena de erudición y conocimiento de la fe.

Me parece beneficioso, desde un punto de vista pastoral, detenerme en Santa Teresa del Niño Jesús. Permítanme exponer brevemente su doctrina. Ella nos propone una actitud que es rica en enseñanzas para la pastoral.

Estudiamos directamente la fuente de la santidad de su doctrina. El Santo Padre, parafraseando la Escritura, nos dice en la carta *Divini Amoris Scientia*: «La ciencia del Amor Divino que el Padre misericordioso ofrece a través de Jesucristo en el Espíritu Santo es un don concedido a los pequeños y a los humildes para que conozcan y proclamen los secretos del Reino, ocultos a los sabios y a los entendidos».

¿Qué implicaciones pastorales conlleva esto?

Primera implicación: reflexionemos sobre la siguiente cuestión: si nuestro Dios es un Dios que revela, también es un Dios que mantiene ocultas ciertas cosas. Solo las revela cuando los corazones están lo suficientemente abiertos como para poder acoger Sus secretos y Sus designios.

¿Qué es lo que Dios oculta a los sabios y a los entendidos? En verdad, se puede decir que cuando la sabiduría y la erudición apartan la humildad, Dios nos deja en la oscuridad espiritual.

¿Qué mensaje pastoral puede transmitir el Espíritu Santo a las comunidades de *Ecclesia Dei* a través de Santa Teresa?

La comprensión, la vivencia y la aplicación de la Doctrina de la Infancia Espiritual de Santa Teresa habrían evitado la herida infligida a la Iglesia por las consagraciones ilegales de 1988 en Ecône, que, con el paso del tiempo, han desembocado de facto en un auténtico cisma y han supuesto un importante obstáculo para el auge mundial del movimiento tradicionalista.

La desobediencia tal y como la practica la Fraternidad San Pío X nunca puede ser un medio aceptable ni eficaz para salvar a la Iglesia y no tiene más efecto que agravar una situación ya de por sí difícil.

¹ Conferencia pronunciada en el marco del 6º Coloquio Internacional del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos, CIEL, los días 9-11 de noviembre de 2000, en Versalles, Francia.

Santa Teresita dice:

No me preocupa en absoluto el futuro. Estoy segura de que se cumplirá la voluntad del Buen Dios. Esa es la única gracia que deseo. No debemos intentar hacerlo mejor que Él. Jesús no necesita a nadie para llevar a cabo Su obra.

La proclamación de la Santa Teresita como Doctora de la Iglesia debe invitarnos a seguir su «pequeño camino» si deseamos no solo la restauración de la Misa Tridentina, sino también la resurrección de la Iglesia perdida en el tumulto y la oscuridad de los tiempos.

El camino de Santa Teresita, que es el de la sencillez, la humildad, la confianza y la fe en Dios, la desconfianza en uno mismo y la obediencia, es alabado por el Pontífice Romano como luz que guía a la Iglesia, que ahora inicia su viaje hacia el tercer milenio. Su «pequeño camino» es un buen camino.

Segunda orientación pastoral: el camino de humildad que Santa Teresa nos pide a nosotros, pastores, es escuchar a los pequeños de la Iglesia de hoy —los sencillos, las personas humildes y modestas a las que servimos—. Mi postura es la siguiente: debemos reconocer la experiencia de Dios que demuestran los fieles de las comunidades Ecclesia Dei. Han pasado más de diez años desde la promulgación del Motu Proprio «Ecclesia Dei» por el papa Juan Pablo II, que concedió a los católicos tradicionalistas un espacio de libertad. Tras más de una década de «Ecclesia Dei», podemos examinar el resultado de esta iniciativa papal y considerar que los frutos son buenos.

No puedo expresarlo mejor que Su Eminencia, el cardenal Josef Ratzinger:

Diez años después de la publicación del «Motu proprio» Ecclesia Dei, ¿qué balance podemos hacer? Creo que es, ante todo, una ocasión para mostrar nuestra gratitud y dar gracias. Las diversas comunidades nacidas gracias a este texto pontificio han aportado a la Iglesia un gran número de vocaciones sacerdotales y religiosas que, celosas, alegres y profundamente unidas al Papa, prestan su servicio al Evangelio en esta época de la historia que es la nuestra. Gracias a ellas, muchos fieles se han visto confirmados en la alegría de poder vivir la liturgia y en su amor hacia la Iglesia, o quizá hayan encontrado ambas cosas. En varias diócesis —¡y su número no es precisamente pequeño!— sirven a la Iglesia en colaboración con los obispos y en relación fraternal con los fieles que se sienten a gusto en la forma renovada de la nueva liturgia. Todo ello no puede sino incitarnos hoy a la gratitud.» (Conferencia pronunciada en Roma por el cardenal Ratzinger, 24 de octubre de 1998).

Hablando de gratitud, permítanme hacer un paréntesis. Para mí ha sido un privilegio haber vivido y haber pasado de la época preconiliar de la Iglesia a la era del Concilio Vaticano II. También es una alegría para mí recordar mi ordenación sacerdotal según el antiguo rito latino. Recuerdo con ternura la misa tridentina en latín y confieso que siento nostalgia por las cosas

tradicionales, como el uso diario de la sotana, la tonsura, etc., que cayeron en desuso tras el Concilio.

Soy consciente de que algunas personas ven con malos ojos las expresiones de nostalgia cuando se trata de cuestiones litúrgicas. Solo puedo responder a este tipo de críticas recordando a la gente que sentir nostalgia es una manifestación de nuestra humanidad. Porque si es legítimo sentir nostalgia por nuestra infancia, nuestro hogar y nuestra juventud, ¿por qué no iba a serlo también cuando recordamos con cariño las maravillas litúrgicas y los recuerdos de tiempos pasados?

Pero lo que yo siento, y creo que vosotros sin duda sentís lo mismo, es que no se trata solo de nostalgia. Incluso los jóvenes, de la generación nacida después de los años sesenta, aprecian el rito antiguo, no solo por razones de forma artística o musical, sino impulsados por su «sensus fidei», su sentido de la fe, porque están «sedientos» de las riquezas espirituales de la liturgia latina de las que tienen la impresión de haber sido privados.

Es un fenómeno maravilloso. El Espíritu Santo sopla donde quiere. Revela a toda una juventud un tesoro espiritual que es fuente de elevación espiritual no solo para la generación pasada, sino también para ella misma, la joven generación actual. Resulta paradójico constatar que el Espíritu Santo nos propone así a todos una forma «nueva» de practicar el culto.

Pero las comunidades de Ecclesia Dei han demostrado que el rito latino tradicional no quedará relegado a una pieza de museo, sino que será más bien una fuente de alimento espiritual para las generaciones del tercer milenio. Por ello, doy las gracias a nuestro Santo Padre, el papa Juan Pablo II, quien promulgó Ecclesia Dei, que «legitima» el retorno al rito preconiliar y ofrece así una *continuidad litúrgica necesaria* que abarca los períodos anteriores y posteriores al Concilio Vaticano II.

Como sacerdote desde hace casi cuatro décadas y obispo desde hace aproximadamente una década y media, contemplo la «Ecclesia Dei» y sus consecuencias desde un punto de vista positivo y concreto. Me gustaría destacar sobre todo los tres puntos siguientes: Ecclesia Dei es un *medio pastoral para inculcar el sentido de la universalidad y la unidad de la Iglesia en la lógica de la diversidad de una Iglesia extendida por todo el mundo*. Juan Pablo II escribe en Ecclesia Dei, n.º 5:

1. En primer lugar, *existe una necesidad de continuidad histórica en la liturgia*. Ecclesia Dei responde a esta necesidad. En realidad, el Nuevo Ordo no puede en ningún caso existir por sí solo sin la misa tradicional en latín, del mismo modo que yo no puedo existir sin mis padres. Dicho de forma más sencilla y contundente, el Nuevo Ordo no puede tener sentido en sí mismo sin referirse a su predecesor. Así pues, la preservación del rito preconiliar es un servicio concreto que las comunidades de Ecclesia Dei prestan a la Iglesia.
2. La experiencia de las comunidades de Ecclesia Dei resulta útil en el proceso de inculturación cada vez que este se presenta.

Es necesario que todos los pastores y el resto de los fieles adquieran una nueva conciencia, no solo de la legitimidad, sino también de la riqueza que supone para la Iglesia la diversidad de carismas, tradiciones de espiritualidad y apostolado, que constituye asimismo la belleza de la unidad en la variedad: de esa mezcla «armoniosa» que la Iglesia terrenal eleva hacia el Cielo bajo el impulso del Espíritu Santo.

Al mismo tiempo que la nueva evangelización, es preciso inculturar la presencia de la Iglesia, la fe y sus enseñanzas en el mosaico de pueblos y culturas que componen el mundo. En el caleidoscopio de etnias, nacionalidades, dialectos e idiomas, el vínculo que constituye el rito latino, que nos une, sirve para subrayar *la una, sancta, catholica et apostolica ecclesia* que es la auténtica Iglesia de Cristo. El reto radica en la necesidad de revisar un gran número de ideas y prácticas contemporáneas que surgieron en el período posterior al Concilio con el pretexto de modernizar la Iglesia.

En tercer lugar, quiero insistir en que las comunidades Ecclesia Dei constituyen un *reto y la promesa de una evangelización más fructífera en el futuro*.

Afirmo que *ya no se necesita un aggiornamento, sino una kenosis*. No se trata de reformar la Iglesia, sino de rechazar las actitudes negativas y la aversión hacia los nuevos movimientos o carismas, que son sin duda frutos del Espíritu.

Vuestras comunidades son, de manera paradójica, testigos de la eterna juventud de la Iglesia. Vibrantes y en crecimiento bajo la influencia de la juventud, vuestras comunidades religiosas y asambleas de fieles laicos obtienen su fuerza y su alimento del rito latino inmemorial de nuestra Iglesia, que cuenta con 2000 años de historia. Las comunidades de Ecclesia Dei son un lugar donde el pasado es fuente para el futuro.

Para concluir, afirmo sinceramente que este coloquio reviste una importancia vital, ya que nos ofrece un espacio de debate y un lugar para estudiar y evaluar el movimiento Ecclesia Dei en su relación con la Iglesia en su conjunto. Los encuentros de este tipo aportan una sinergia a las comunidades de Ecclesia Dei que permite allanar el camino hacia una mayor participación en la vida de la Iglesia, incluso en una obra tan eclesial como un futuro concilio ecuménico.

Si las Escrituras nos aseguran que en el Cielo hay muchas moradas para los elegidos, del mismo modo, en esta tierra, la Iglesia es lo suficientemente amplia como para acoger a todos aquellos que desean sinceramente entrar y vivir en su seno. Tras el Concilio Vaticano II, han surgido diferentes formas de vivir en la Iglesia, y no olvidemos que la Iglesia ha tenido desde siempre diferentes expresiones de ritos y culto. San Pablo dice:

No sabemos qué debemos pedir en nuestras oraciones, según nuestras necesidades. Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables; y aquel que escudriña los corazones conoce cuáles son los deseos del Espíritu; sabe que intercede según la voluntad de Dios por los santos. Sabemos, además, que todas las cosas cooperan para el bien de quienes aman a Dios. (Romanos 8, 26-28)

Termino con una oración por todos vosotros. Que la más reciente y más joven Doctora de la Iglesia, la Beata Santa del Carmelo, con su doctrina de la espiritualidad de la infancia, sea vuestra guía en vuestro camino con la Iglesia en el tercer milenio de la era cristiana.

Que podáis mantener siempre a la Iglesia en un estado de alegre juventud mediante vuestras oraciones y sacrificios constantes, y que podáis sacar de la antigua liturgia de nuestra Santa Madre la Iglesia la luz y la gracia, conservando la unidad con el Romano Pontífice en la obra de evangelización del mundo.